

Leyes del organismo espiritual propio de la Vida Interior

Después de ver los *elementos constitutivos* del organismo sobrenatural, a saber: la gracia santificante en el orden del ser; las virtudes y dones, y las gracias actuales, en el orden del obrar; falta enunciar las principales *leyes* a que se ve sometido este organismo, y con él toda nuestra Vida Interior.

1º Relaciones recíprocas entre la vida natural y la vida sobrenatural.

La vida natural y la vida sobrenatural, ¿pueden coexistir en nosotros, o hay que destruir la primera para implantar la segunda? A esta pregunta responde el adagio teológico: «*La gracia no destruye la naturaleza, sino que la eleva y perfecciona*». Este principio muestra claramente la influencia recíproca de la gracia sobre la naturaleza, y de la naturaleza sobre la gracia.

1º Influencia de la gracia sobre la naturaleza. — *La gracia completa y perfecciona la naturaleza, coronándola con la vida divina, querida por Dios desde que elevó al hombre al orden sobrenatural. Por este motivo, añade las luces divinas de la fe a las luces humanas de la razón, las fuerzas divinas de la gracia a las fuerzas humanas de la voluntad, un fin sobrenatural y divino al fin puramente natural del hombre. Conserva, es verdad, las cualidades, defectos, tendencias y hábitos adquiridos de cada uno, pero ayuda eficazmente a la naturaleza a corregirse en lo que tenga de vicioso o imperfecto, y la desarrolla en lo que tenga de bueno y virtuoso.*

2º Influencia de la naturaleza sobre la gracia. — *La naturaleza es para la gracia a la vez un recurso y un obstáculo. • En lo que tiene de recta y honesta, esto es, purgada del desorden que el pecado introdujo en ella, la naturaleza es la BASE NECESARIA de la vida sobrenatural, la cual obra sobre la primera como el injerto en un árbol silvestre. Según esta analogía, la naturaleza ofrece a la gracia un excelente terreno y magníficas energías para el nacimiento y desarrollo de la vida sobrenatural, mientras que la gracia se adapta a las aptitudes y cualidades, atractivos e inclinaciones de la naturaleza, sobrenaturalizándolas, y comunicando a nuestras facultades naturales la aptitud de producir actos sobrenaturales, de los que éramos absolutamente incapaces por nuestras solas fuerzas. • En lo que tiene de desordenado y viciado por el pecado, la naturaleza es el mayor OBSTÁCULO al nacimiento y desarrollo de la vida sobrenatural, por sus tendencias y deseos totalmente contrarios a las de la gracia; de ahí la necesidad e importancia primordial de la mortificación y abnegación cristiana.*

2º Crecimiento de la vida sobrenatural.

La vida de la gracia está llamada a crecer y a desarrollarse en nuestras almas, ya que es una «*semilla de Dios*» (I Jn. 3 9). Por ello, disponemos de tres medios establecidos por Dios mismo, que son: los Sacramentos, las obras meritorias y la oración.

1º Los Sacramentos.

Todos los Sacramentos confieren: • la *gracia santificante*, si no se poseía, o un *aumento* de esta gracia, si ya se la tenía, bajo la modalidad propia de cada sacramento, que se denomina *gracia sacramental*; • y el *derecho a gracias actuales especiales*, en orden al fin propio de cada sacramento.

El Bautismo y la Penitencia confieren de suyo la primera infusión de la gracia: suponen al alma sin la vida sobrenatural, y por eso se llaman «sacramentos de muertos». Los otros cinco sacramentos confieren de suyo una segunda infusión de la gracia, es decir, un aumento de la gracia santificante: suponen al alma con la vida sobrenatural, y por eso se llaman «sacramentos de vivos».

Los Sacramentos producen su efecto santificante «ex opere operato», es decir, infaliblemente, por sí mismos, mientras el que los recibe no ponga voluntariamente obstáculo a esta acción del sacramento. El único obstáculo al efecto de los sacramentos de vivos es el pecado mortal; y el único obstáculo al efecto de los sacramentos de muertos es el apego actual al pecado mortal, esto es, la ausencia de arrepentimiento sincero de los pecados mortales de que se tenga conciencia.

Sin embargo, según el Concilio de Trento, los Sacramentos confieren mayor abundancia de gracias sacramentales cuanto más perfectas sean las disposiciones actuales de quien los recibe.

2º Las obras meritorias, o práctica de las virtudes.

Todo acto bueno, realizado en estado de gracia, produce un triple fruto: • *un fruto de mérito propiamente dicho*: nos da derecho en justicia a un crecimiento de gracia santificante, virtudes y dones, y al correspondiente crecimiento de gloria en el cielo; • *un fruto de impetración*: nos obtiene, para nosotros o para otros, gracias actuales, como podría hacerlo una oración; • *un fruto de satisfacción*: nos perdona, a nosotros o a otros, en parte o en su totalidad, la pena temporal debida por los pecados ya perdonados.

El mérito sobrenatural de una acción se mide, en parte, por la dificultad de la obra realizada, pero sobre todo por la virtud de caridad con que se realiza. Por eso, el mayor o menor mérito de una obra buena depende ante todo: • del grado de gracia santificante (o caridad habitual) del que realiza la acción; • del grado de fervor (o caridad activa) que anima al alma cuando realiza el acto bueno, fervor que comprende: la pureza de intención, la generosidad de la voluntad, el espíritu de sacrificio; • de la perfección misma del acto realizado, que será tanto mayor cuanto más perfecta sea la virtud que lo produce (la caridad sobre todo), y cuantas más virtudes ponga en ejercicio.

3º La oración.

La oración contribuye al crecimiento de nuestra vida sobrenatural: • *directamente*, porque es en sí misma una obra meritoria, e incluso de las más meritorias, por las muchas virtudes que pone en ejercicio: fe, esperanza, caridad, confianza, humildad, perseverancia, etc.; • *indirectamente*, porque, en virtud de las promesas de Dios y de su Hijo Jesucristo, es el medio infalible para obtener de El las gracias actuales que contribuyen a conservar y desarrollar la vida sobrenatural.

3º Obstáculos a la vida sobrenatural.

Los obstáculos que amenazan la existencia o el crecimiento de nuestra vida sobrenatural pueden resumirse a los siguientes: • *el pecado mortal*, que es el obstáculo radical, porque destruye por completo la vida divina del alma; • *el pecado venial*, sobre todo deliberado, *la tibieza*, o hábito del pecado venial deliberado, y *las imperfecciones*: todos ellos, sin destruir ni disminuir el grado de vida sobrenatural, empañan su belleza, debilitan su actividad y frenan su crecimiento; • *las inclinaciones viciosas*, *los defectos naturales*, y sobre todo *el defecto dominante*: son la fuente ordinaria de nuestros pecados e imperfecciones.

El pecado tiene una triple causa: • la carne, que es nuestra naturaleza desordenada, en la cual el pecado original ha dejado una triple concupiscencia que nos arrastra al pecado: la concupiscencia de los ojos, o afán desordenado de bienes y riquezas temporales; la concupiscencia de la carne, o afán desenfrenado de los placeres de los sentidos; y la concupiscencia del espíritu, o afán desmedido de los honores y voluntad propia; • el mundo, que es el conjunto de hombres que se rigen por la triple concupiscencia, y de que el demonio se sirve como de instrumento para conducir las almas a su eterna condenación, por sus falsas máximas, modas, escándalos, espectáculos, persecuciones, etc.; • el demonio, que es el conjunto de ángeles caídos que nos empujan al pecado instigando nuestra triple concupiscencia por medio de las tentaciones.

Así como para crecer en vida sobrenatural hay que desarrollar el germen de vida que Dios ha depositado en nuestras almas por la gracia, así también *para protegerla y defenderla hay que combatir ese triple germen de muerte* por medio de una lucha enérgica, vigilante y continua. Por esta razón la mortificación cristiana es una condición indispensable y necesaria para conservar la vida sobrenatural en nuestro presente estado de prueba.

4º Agentes de la actividad sobrenatural.

Dos causas o agentes, tan indispensables el uno como el otro, intervienen en nuestra actividad sobrenatural, y por consiguiente concurren a nuestro avance en la perfección: **Dios**, por su gracia actual, y **nosotros**, por nuestros esfuerzos de buena voluntad. Nosotros, sin Dios, no podemos nada; y Dios, sin nosotros, no quiere hacer nada.

1º La gracia de Dios, causa principal. A Dios le toca la parte primera y universal en nuestra actividad espiritual: «Sin Mí nada podéis hacer» (Jn. 15 5). Es totalmente

necesario que Dios, por una gracia preveniente, nos inspire el acto bueno, y que luego, por una gracia concomitante, acompañe, sostenga y vivifique hasta el fin el acto bueno: «Dios es quien obra en vosotros, por su beneplácito, no sólo el querer, sino el obrar» (Fil. 2 3). Esta acción de Dios, aunque capital y principal, se disimula bajo la nuestra, que es la única aparente.

2º Nuestros esfuerzos de buena voluntad, causa secundaria pero decisiva. *La parte de nuestra voluntad libre, en relación con la de Dios, es secundaria: consiste en prestarse a las gracias y acción de Dios. Con todo, tales gracias, por muy abundantes que sean, sólo se hacen eficaces en la medida en que nosotros colaboramos con ellas. Dios nos ha creado libres, y quiere que nosotros mismos seamos los artífices de nuestra perfección. De ahí que, en la práctica, sea nuestra cooperación libre la que determina nuestro avance espiritual.*

5º Fases y perfección de la Vida Interior.

La Vida Interior recorre en su desarrollo, a grandes rasgos, tres fases o etapas, llamadas *vía purgativa*, *vía iluminativa* y *vía unitiva*, que se distinguen esencialmente por el grado de caridad que vivifica al alma:

- **CARIDAD INICIAL** que produce en los **incipientes** un sincero deseo de la perfección y los hace vivir habitualmente en estado de gracia, aunque aún conserven afectos al pecado venial y caigan a veces en faltas graves.
- **CARIDAD INTENSA** en los **proficientes**, que, viviendo recogidos y manteniendo siempre vivo el deseo de no ofender en nada a Dios, ponen su principal empeño en imitar perfectamente a Nuestro Señor Jesucristo.
- **CARIDAD SUMA** en los **perfectos**, a los que ha llevado a una total conformidad con la voluntad de Dios, y produce en sus almas una unión íntima con Dios.

Dios nos ha creado por amor, y por amor nos ha elevado a la vida divina. La caridad es, desde entonces, el gran motor de la Vida Interior. Y no sólo su motor, sino también su cumbre, que reside en la *perfección de la caridad*:

- **Bajo su doble aspecto de amor a Dios y al prójimo:** «El primer mandamiento es: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos se cifra toda la Ley y los Profetas» (Mt. 22 37-40).
- **Y su doble cualidad de ser afectiva y efectiva:** «Hijitos míos, no amemos sólo de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad» (I Jn. 3 18).

La razón de ello es que nuestra perfección reside en la unión con Dios, y sólo la caridad nos une perfectísimamente con El. Por eso en el cielo desaparecerán la fe y la esperanza, para dar lugar a la visión y posesión de Dios, y sólo la caridad permanecerá (I Cor. 13 13).